

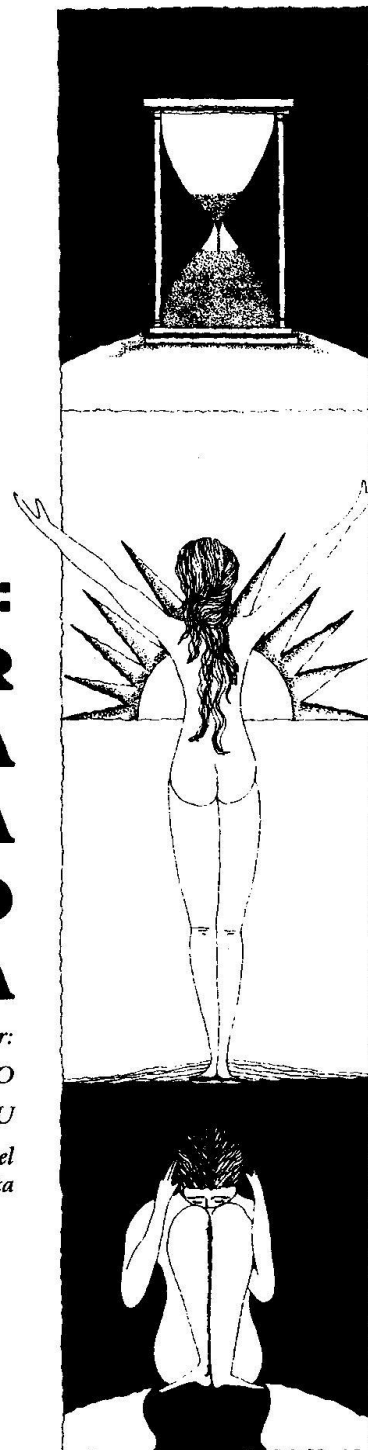
**LA OPCIÓN:
CONSTRUIR
UNA ÉTICA
POÉTICA
TEJIENDO
ÉTICA**

Por:

IVÁN DARÍO

CARMONA ARANZAZU

*Lic. en Filosofía y Letras. Profesor del
Departamento de Formación Humanista*



PENSAMIENTO

¿Qué es aquello que se mueve sospechosamente en aquel intersticio entre el hombre y la ética? ¿Qué es aquello que a manera de un malestar provoca la zozobra y el desconcierto? Ese algo que apenas logramos adivinar como un juego de decires, de palabras sueltas que se mueven en la superficie de la conciencia; ese vaivén que convierte el azar de los hechos y las costumbres en verdades inamovibles; morbosa quietud entre pensamiento y acción donde nada nuevo sucede y donde el más mínimo interrogante adquiere la categoría de subversión y se torna peligroso porque desestabiliza, porque corrompe el orden, el supuesto orden divino y natural de las jerarquías, donde todo es desde siempre y para siempre.

Aquello que permanece oculto detrás del telón de fondo que sirve de decorado a nuestro pensamiento, aparece ahora en el primer plano como una sospecha vestida con el ropaje de la certeza: Algo está suplantando la verdadera esencia de la existencia humana, algo está suplantando la vida con el nombre y en el nombre de la vida.

Esa falsificación de la existencia tiene un nombre que responde por nuestras ausencias presentes, tanto en el pensamiento como

en la acción: la indiferencia: causa inmediata y permanente de la atrofia en el sentir y en el pensar. Y éste es de algún modo el síntoma que torna sospechosa la relación del hombre con los demás hombres y con las cosas del mundo que lo circundan.

La indiferencia se instaló entre nosotros por medio de un «acuerdo» silencioso y falso. No fue nombrada por sujeto alguno como una propuesta, pero fue acogida en el acuerdo más unánime y silencioso. Adquiere su legitimidad en el silencio como consenso y en la atrofia de la acción.

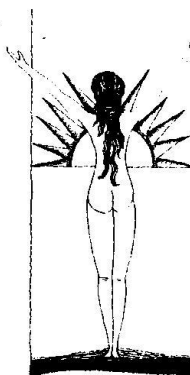
La indiferencia es la resultante de haber asumido siempre una posición de espectador y el de no habernos comprometido jamás con ninguna acción; es una de las tantas capas con que el miedo fue cubriendo nuestra natural forma de asumir la existencia; es también el resultado de un individualismo egoísta y competitivo que nos presentó al otro como enemigo potencial, como usurpador, en síntesis nos enfrentó a él como competidor y nos lanzó a ese escenario sin ningún tipo de reglas de juego.

La nuestra es una cultura donde impera el concierto del desconcierto, donde el silencio y la inacción lograron imponerse y usurpar el lugar de la participación y el compromi-

so. La solidaridad es un ideal que todos nos enrostramos a la hora de construir una cultura futura, pero es inoperante en el momento de diagnosticarla desde las propias tensiones que la definen y la hacen concreta. Esto de algún modo se refleja en el pánico a tener que actuar; a tener que responder por un pensamiento diferenciador y ello hace que nos ocultemos en la homogeneidad y que busquemos igualarnos con el rasero de la complicidad silenciosa: yo no te comprometo para que no me comprometas, yo no interrogo para no ser interrogado, y todos quedamos instalados en la ligereza, en el pensamiento de lo liviano, donde no hay que responder por lo que se dice y no hay que pensar mucho aquello que se hace.

La invitación es entonces a sentir esto mismo en la fuerza de las palabras de Fernando Savater cuando dice: «La única postura frontalmente opuesta al punto de vista ético será la indiferencia puesto que es precisamente la diferencia lo que la voluntad de valor reclama, inventa y sostiene».

El valor se sostiene en la diferencia que establece una permanente comunicación creativa y exige un sujeto móvil en la medida en que ejerce su voluntad y se reconoce en el fluir constante del deseo.



Aquello que fluye permanentemente es la pregunta, y como dice Blanchot: «La pregunta es el deseo del pensamiento, la respuesta es la desgracia de la pregunta». Es por ello que esta pregunta por la ética no tiene una respuesta y tal vez ni la busca, tan sólo es un pretexto para pensar algunos elementos que logren acercarnos a la comprensión de eso que se mueve en la conciencia del hombre, concepto de conciencia que se roza y se confunde con el de cultura.

Quien pregunta por la ética no lo hace desde una ignorancia total, lo hace desde un saber que busca argumentos; quien pregunta no ignora, sólo desea y en ese desear genera un movimiento. En la pregunta ética el hombre busca, indaga, se ubica en el lugar de la conciencia frente a una realidad explorable allí donde se busca deconstruir un sentido. Aquella pregunta por la ética se transforma en un campo dispuesto para la batalla, es en todo el sentido de la palabra una declaratoria de guerra. Entonces, una vez lanzada la pregunta, cualquier cosa puede suceder.

En la ética, más que en ningún otro campo, el hombre se mueve a partir de situaciones límites o extremas, que son todos aquellos hechos, sucesos, acontecimientos o estados don-

de el hombre se reconoce en «crisis», es decir, en actitud de reflexión permanente, obligado a detener su marcha cotidiana y a repensarla y reelaborarla según su nueva disposición estética. En términos generales: en toda situación límite donde entren en crisis los valores se hace necesaria una mirada estética de la ética.

Preguntamos por nuestro tiempo, por lo que en él se mueve, por nuestra relación con todo aquello y el lugar que ocupamos en un cosmos cada vez más complejo y en el que no podemos evitar el desconcierto; así una pregunta va tras muchas otras como tratando de ganarle la carrera a los acontecimientos y los discursos llegan cada uno en su propia temporalidad y no alcanzamos a captar qué tanto responden o no a nuestro deseo.

Nos interrogamos entonces, por la miseria, por la muerte, que son esas dos experiencias límites en las que considero se mueve nuestro fluir cotidiano, bien sea porque habitamos en ellas como especies reales o porque todos nuestros movimientos estén encaminados a evitar caer allí. Y cuando preguntamos, abrazamos la esperanza de que en este interrogar se ponga en fuga nuestro miedo.

La pregunta entonces es por el cuerpo-espacio de

nuestra historia. Porque lo que arriesgamos o ponemos en juego cuando salimos a la calle es la totalidad de nuestro cuerpo, el miedo es a perder el cuerpo, a ser apuñalado, a ser mutilado, a ser traspasado por una bala, a ser arroyado por un vehículo, a ser violentado por otros cuerpos.

«Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido. Desea saber quién es el que lo agarra: le quiere reconocer o, al menos, poder clasificar. El hombre elude siempre el contacto con lo extraño. De noche o a oscuras, el terror ante un contacto inesperado puede llegar a convertirse en pánico. Ni siquiera la ropa ofrece suficiente seguridad: que fácil es desgarrarla, qué fácil penetrar hasta la carne desnuda, tersa e indefensa del agredido.»

Todas las distancias que el hombre ha creado a su alrededor han surgido de este temor a ser tocado. Uno se encierra en casas a las que nadie debe entrar y sólo dentro de ellas se siente medianamente seguro.»

Elías Canetti

Este texto nos pone de frente al problema del miedo, miedo que circunda, que jalona los extremos de nuestro ser, ser que se debate en una huida permanente de la miseria y de la muerte, ser que se proclama en permanente fuga.

MÁS ALLÁ QUEDA LA MISERIA

La carrera del consumo, del adquirir un mayor nivel social, un mayor nivel de vida entendido como mayor cantidad de bienes, arrastra consigo la consecuencia de la apariencia, de la impostura, de la falsificación. Lucha en la que todos somos arrastrados por el movimiento de la inconsciencia colectiva, donde todos soñamos con ser poseedores y dueños en alguna medida.

Ahí está la trampa puesta: otros se enriquecen con nuestro desmedido afán de consumir, de tener, y en esa cadena interminable cada vez somos más miserables. Esa cadena donde aquello que perdemos es ganado por otros, cadena de la rapiña, de la miseria humana, cadena que no se rompe porque lo que se pierde abruptamente se liga con la sangre de la violencia que genera su propio movimiento, donde la muerte es un elemento más del círculo.

Miseria que se transforma en la llaga, en la herida, lugar donde la sociedad se adolece, lugar de la huida y de la permanencia. Dueños de la nada, alojados en el otro extremo de la ciudad, relegados al papel de espectadores de la

economía, hijos de la angustia y la pérdida llevando en sus hombros el destino como una pesada carga, han terminado por entender que la vida es lo único que pueden consumir, y entonces, aliados a la destrucción y la muerte, han tenido que acceder al poder momentáneo del terror.

No hay nada que produzca más terror que caer en el espacio físico de la miseria, que enfrentarnos a nuestra propia miseria humana, y por eso luchamos en sus predios para que el círculo se cierre a nuestras espaldas y que su movimiento histórico en espiral nunca nos alcance.

La miseria está ahí en el lugar de la pura realidad, donde las horas son contundentes, donde los hechos vienen precedidos de la angustia y la desesperanza. Es lo más cierto y lo más auténtico, allí no se aloja el sueño, la poesía duele, no hay lenguaje figurado posible, no cabe la metáfora, la realidad es ineludible, realidad del abandono, de la ausencia y del vértigo de la incertidumbre.

En ningún momento de nuestra historia como hoy es más evidente que la miseria juega un papel preponderante. A las clases sociales en el poder no les duele tanto la miseria de los miserables, lo que sienten es miedo de la amenaza que representan, de su

número cada vez más en aumento, de su resentimiento social, de esa rabia con la que a diario se levantan y de ese rencor con que alimentan a sus hijos.

La guerra es en las calles, la muerte ronda, los miserables del mundo son cada vez menos tolerantes y proponen su cuerpo como el arma, y disponen de su cuerpo para cambiar el sentido de la historia.

Cuando las clases en el poder invierten en los pobres, cuando trazan planes para sacarlos de la miseria, están invirtiendo en su propia seguridad, lo hacen por miedo; la solidaridad entre las clases no existe, uno sólo busca aliarse a su contendor cuando le teme.

La miseria se consume a sí misma alimentada por su propio rencor, por su propia necesidad, por su propia carencia. El consumo planteado por la sociedad del lujo, sociedad de los superfluo, es el espejismo. Allí, en el «lujo», según George Bataille, se le plantean al hombre los problemas, allí se genera esa fuerza con capacidad de hundirle, de arrastrarlo, de anularlo como sujeto. Allí queda la riqueza donde el cuerpo es vestido con joyas, donde el cuerpo accede a la extravagancia. Más allá queda la miseria donde el cuerpo se consume a sí mismo hasta la muerte, lugar de la desnudez.

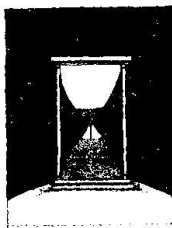


C. ONSIOG H.

dez, allí donde el espíritu tiene que imponer sus valores para no perecer por inanición.

En algún momento de la historia el hombre perdió el sentido de sus propias necesidades, de sus necesidades vitales, y empezó a consumir por ideología, a través de ideologías. Cuando gastarse es lo que más desea el deseo, cuando desear es el gasto supremo, porque se consume a sí mismo en la muerte del deseo. Y es desde esta escritura que el deseo se quiere a sí mismo y se pervierte, es allí donde la muerte se hace soberana, es aquí en el lugar de la escritura donde los sueños consumen la noche. Más allá, fuera de este círculo de fantasía, queda la miseria.

Sí, la miseria es real, es concreta, allí no cabe la fantasía, la realidad sobrepasa la imaginación; la miseria como la muerte es lo otro, es el peligro latente y eso que sólo hablamos de la miseria física y no de la espiritual. Otro componente más delicado aún por la dificultad de ubicarlo en un espacio y en un tiempo determinados: se oculta, se disfraza, su mayor atributo es el simulacro, cuando logra invadirnos transforma nuestra existencia en un problema y ello ha sido el pretexto para que muchos artistas la perciban como una tragedia.



La miseria está ahí como el más seductor de los fantasmas, guiándonos el ojo permanentemente e incluso vistiendo su colorido traje de humanidad.

ESE LUGAR AHÍ DE LA MUERTE

«Cada hombre es extraño al universo, pertenece a los objetos, a las comidas, a los periódicos - que le encierran en su particularidad - y le dejan en la ignorancia de todo lo demás: lo que une la existencia a todo lo demás es la muerte: quien mira cara a cara la muerte deja de pertenecer a un cuarto, a unos parientes, y se entrega a los libres juegos del cielo»

Georges Bataille

Más que la muerte, a lo que el hombre le tiene miedo es a morir. La muerte representa un estado posible, incluso para muchos, el más deseado, pues resolvería de tajo muchos de los problemas de la existencia; la muerte implica una permanencia, un estado de conciencia diferente. Morir es otra cosa, implica dolor, implica angustia ante lo desconocido, morir es entregarse al olvido, es el puente por el que se cruza con todo el espanto de la vida a las espaldas.

La muerte como la gran incógnita y el miedo a mo-

rir han jalonado el pensamiento. Lo que cada época piensa sobre la muerte marca una forma determinada de asumir la cotidianidad. La forma de asumir la muerte por cada cultura dice todo del hombre y de su relación con el medio.

En la muerte hay algo que nos sobrecoge, que nos ubica frente al absurdo de la existencia, es el gran interrogante, el definitivo, aquel que se aloja en nuestras vísceras y nos deja esa sensación de agonia, de incertidumbre.

Cada hombre es una isla, un mundo de particularidades, herméticamente cerrado y obstinado en defender su punto de vista y en no dejar circular más que sus propias ambiciones; nos educan para luchar contra el deseo mismo, para reconocer los sueños en cualquiera de las formas en que aparezca y excluirlos como una mala semilla y así convertirlos en piezas de sumisión y de obediencia. Homogenizados, estandarizados, esa es la gran falacia de la igualdad.

Pero la muerte es lo único que nos toca a todos, es lo único que logra poner un alto a nuestro fluir inconsciente de la vida. Ese divagar indiferente por la existencia donde la muerte logra arrancarnos la más esencial de las preguntas, la pregunta por el

hombre, por eso que hay en mí de cada hombre. Frente a la muerte del otro se nos torna de nuevo sospechosa la existencia, la sentimos efímera y contradictoria y tal vez sea eso lo que lloramos y lamentamos.

En nuestros días, la muerte violenta, la muerte provocada, se ha convertido en un hecho cotidiano. Al mismo tiempo que el imperio de la muerte nos abriga, la sombra de la indiferencia logra posarse sobre nuestras conciencias y se transforma en la fuerza de la costumbre.

No es la muerte de esos muchos la que nos preocupa: es la rapidez con la que nos ronda, es su cercanía, es la probabilidad tan alta de que mañana o en el momento menos esperado seamos las víctimas; entonces lo que logra inquietarnos es la suerte de nuestra existencia, ese azar que hoy nos afirma y mañana nos anula.

A lo que no se resigna el hombre, según Schopenhauer, es a no ser nada, a quedar anulado como ser. Y es por eso que la muerte nos sacude, porque nos enfrenta al vértigo de la nada, porque nos pone a existir sólo en la memoria de otros que próximamente enfrentarán ese mismo destino. La muerte nos hace taciturnos y tristes, frente a ella el gran silencio se interroga y el pensamiento pone en evidencia

todos sus avatares.

A la sombra de ese miedo a la muerte, los sueños y las fantasías se aligeran y se producen grandes obras de la literatura, la filosofía y de las artes plásticas en general; la ciencia no escapa a ese destino, se mueve buscando una comprensión y solución de la muerte como fenómeno. Buscamos prolongar la existencia y en esa búsqueda amamos cada vez más y con mayor énfasis el peligro.

Quien enfrenta la muerte ya no puede ser el mismo, se despoja de lo efímero y como dice Bataille: «deja de pertenecer a un cuarto y a unos parientes», quien enfrenta la muerte se acerca a los juegos que le propone el azar.

En nuestra época, morir no significa más que el riesgo que se incubre con el azar de la existencia. La muerte hace mucho tiempo dejó de ser una metáfora, es hoy habitante regular de las calles y sin embargo es lo único que logra ponernos en evidencia, es la huida apresurada de las palabras, es la reconciliación definitiva entre hombre y silencio, es el cuerpo que se propone como espacio donde se desgarran el pensamiento.

Pero estas consideraciones tan pesimistas sobre la muerte deberán cruzar más bien el umbral de la reflexión y de la afirmación de la vida como aquello

que se puede elaborar permanentemente, como aquello que debe generar la más absoluta creatividad: la vida y la muerte son el mismo hombre, son el mismo ser, como nos lo recuerda Andrés Holguín en su texto «La pregunta por el hombre»:

«Optimismo sobre la vida y sus valores sin que las observaciones precedentes pierdan nada de su vigencia. Al contrario: lo que asigna su belleza y su valor intrínseco a la existencia humana es precisamente su carácter transitorio. Es ello lo que puede llevar a valorarla en su dimensión real.»

Ilusiones y sueños están allí para constatar que el problema del hombre es un problema de lo otro, no solo un problema de realidades sino también de imaginación, de juego, de ese juego que nos hace ya evidente la sospecha de que alguien nos mira sin saber que lo estamos mirando.

A MANERA DE CONCLUSIÓN, OPCIÓN O SUEÑO

«La ética es un esfuerzo creador: consiste en poetizar la vida y transformarla en obra de arte, en artificio.»

F. Savater.

Ya ni siquiera es una sospecha, es evidente que esa opción es la estética, esa opción es creadora, es el sueño que abre puertas y que le da entrada a un nuevo lenguaje, un lenguaje más allá de la palabra, un lugar donde la transformación es permanente.

Una mirada estética de la ética es una mirada móvil y por ende transformadora, que no inhabilita al sujeto en su percepción del mundo; por el contrario, le sirve de impulsor de sueños y fantasías, porque, como dice William Ospina en su texto «Es tarde para el hombre»: «La ética será la única puerta para entrar al futuro».

Ética que desde su mirada estética requiere de la construcción de un sujeto deveniente, cambiante y que en esa medida sea un sujeto de la fragmentación y la deconstrucción, sujeto que se afirma en toda su plenitud como singularidad.

Esta singularidad deberá ser el resultado de un

sujeto sensible y creativo, donde la imaginación lo alimente permanentemente a manera de un flujo de energía.

Para que la ética se transforme en creatividad, el sujeto deberá liberarse de rótulos y marcas posibilitándose para escuchar la sinfonía de voces que lo conectarán con el juego de la seducción.

Los valores se deben de reconquistar permanentemente con imaginación, con creatividad: es la opción más clara que se nos presenta si de recuperar la dimensión estética de la cultura se trata. En esa medida entendemos el sujeto, la cultura y la ética como elementos inacabados.

Recordemos que una de las características más paradójicas del hombre y de la vida es la de revelarse contra su propia condición y que para ello requiere, como dice William Ospina, «Vivir con un poco más de pasión, con un poco más de inocencia».

Pasión e inocencia, juego que vuelve sublime la vida y que hace posible entender que esa misma palabra que mata, que asesina, haga poesía.

Ya no es posible negarnos: la vida está ahí, el juego está propuesto; o hacemos de la palabra el bumerán en el que se desplacen nuestros deseos, o construimos con ella la cárcel en que se detengan tiempo, espacio y conciencia.

Me atrevo entonces a repetir esas palabras bastante seductoras y reconfortantes de Robert Frost, a manera de conclusión, de sueño, de presente premonición:

*«Algo que nos negábamos a
/dar
gastaba nuestra fuerza,
hasta entender que ese algo
fuimos nosotros mismos,
que no nos entregábamos
al suelo en que vivíamos
y desde aquel instante
fue nuestra salvación el
entregarnos.»*

